

## ¿ESPERANZA?: REFLEXIONES DESDE UN CONTEXTO DE DESESPERANZA

Por

Jorge L. Julca  
SNS - Argentina

Cuando reflexionamos teológicamente necesitamos incluir dos coordenadas claves que enmarcan y personalizan nuestra tarea. En este breve ensayo intentamos tener en cuenta ambas. La primera tiene que ver con el *contexto* en el cual cumplimos la misión de Dios. Teológicamente no tenemos duda que aunque la iglesia no es del mundo está en él y cuando reflexiona sobre su fe, lo hace en diálogo con esa realidad. La segunda es una coordenada *misiológica* que nos recuerda que esta tarea no es un fin en sí misma, sino que solamente logra su propósito cuando se mantiene estrechamente vinculada al quehacer de la iglesia y da dirección en el cumplimiento de la misión de Dios.

En la actualidad, crisis de todo tipo azotan a América Latina. La ansiada estabilidad política, económica y social en lugar de acercarse pareciera cada vez estar más lejos. Los años pasan inexorablemente sin que nada cambie significativamente, acarreando sentimientos de frustración y desencanto. Los marcados contrastes de la realidad latinoamericana no solamente se evidencian en los aspectos étnicos, culturales y geográficos sino que atraviesan la vida social y económica. Las últimas décadas han estado marcadas por la acentuación de las disparidades sociales, el deficiente acceso a los servicios básicos como salud, educación y vivienda, el incremento de la pobreza extrema, el aumento de los problemas de narcotráfico, el incremento de los índices de desocupación, la agudización del problema demográfico, entre otros indicadores.

Frente a esa situación hablar de *esperanza* pareciera estar fuera de lugar porque los referentes sociales son desalentadores. Paradójicamente, aunque existe desesperanza también hay mucha necesidad de creer en algo o en alguien, lo cual se ha evidenciado en la proliferación de la oferta religiosa que ha seducido a muchos latinoamericanos en los últimos años.

Escrituralmente sabemos que la esperanza es la expectación de que todo lo que Dios ha prometido se cumplirá. Esperanza es sinónimo de confianza en Dios y en su fidelidad (Rom. 4: 18-22; 5:2). Pero, ¿qué implicaciones misiológicas se derivan de nuestra definición de la esperanza cristiana? Evidentemente existe una relación directa entre teología y misión. De la manera como entendemos nuestra teología, así desarrollamos nuestro ministerio e implementamos nuestros modelos de misión. Seguidamente se contrastan dos formas de concebir la esperanza cristiana y se las relaciona con algunos énfasis misiológicos.

La primera concepción enmarcada por una orientación apocalíptica, asume una comprensión de la esperanza y el Reino de Dios exclusivamente "futurista". La situación actual en la que vive la iglesia debe ser entendida únicamente como un tiempo transitorio de espera que no es posible transformar. La misión de la iglesia se define principalmente en términos de proclamar el Evangelio como un recurso para apresurar la Parusía del Señor Jesús. Esta concepción ha precipitado, bajo un matiz escapista, una "parálisis escatológica" que ha bloqueado a la iglesia de su participación en la vida social de nuestros naciones.

La segunda concepción, enmarcada teológicamente por la tensión entre el "ya" y el todavía no" del Reino, entiende a la esperanza no sólo en términos futuros sino también presentes. En Jesucristo el Reino de Dios ha irrumpido en la historia, por lo tanto, es a la vez una realidad presente y una promesa que tiene que cumplirse. El futuro se ha hecho presente. En esa perspectiva, la misión de la iglesia, mientras vive en esa tensión escatológica entre la inauguración y la manifestación plena del Reino, es encarnar los valores de ese Reino y ser un agente de cambio en la sociedad.

A partir de esta segunda concepción, ¿tenemos algo que decir o hacer por los que "viven sin esperanza" en América Latina?

*En primer lugar*, tenemos que evitar la reducción de nuestra definición de la esperanza a la esfera de la satisfacción inmediata de las necesidades materiales. Es peligroso quedar atrapado entre los postulados de las Teologías de la Prosperidad que aprovechándose de la difícil situación social promocionan un Evangelio mutilado e individualista que ofrece bienestar material y económico sin transformación de vida.

*En segundo lugar*, bíblicamente la esperanza cristiana está centrada en Jesucristo y su obra redentora (Ef. 2:12; Col 1:27; 1 Tim. 1:1). Porque Él entró en el mundo y en la historia tenemos esperanza (1 Ped. 1:3). Bajo esa perspectiva, la encarnación no sólo es un evento teológico trascendente sino un paradigma para el cumplimiento de la misión de la iglesia que necesita realizarse en el contexto del servicio.

*En tercer lugar*, la esperanza cristiana en el contexto de la misión de la iglesia debe ser armonizada con el propósito de Dios de formar una nueva humanidad en Jesucristo (Ef. 2:13-16) y efectivizarse en el poder del Espíritu (Hech.1:8; 1 Tes. 1:5). Este proyecto divino trasciende el ámbito personal y tiene una dimensión comunitaria. Según el Nuevo Testamento, la esperanza en Cristo nunca es egocéntrica sino orientada al reinado de Dios en el que Él será "todo en todos" (1 Cor. 15:28). Ese proyecto de Dios es constituir una comunidad del Rey, formada por un conjunto de personas llamadas a servirle y a vivir juntas dando testimonio del carácter y de los valores de su Reino.

*En cuarto lugar*, cuando reflexionamos sobre nuestra esperanza en Jesucristo necesitamos tomar conciencia de la grave situación que atraviesan las grandes mayorías en este continente en crisis. Tenemos que preguntarnos: A partir del paradigma encarnacional de Jesús y el modelo de iglesia como comunidad del Rey, ¿qué significa predicar un mensaje de esperanza en América Latina hoy?

La misión de la iglesia, concebida integralmente, tiene como premisa fundamental que el propósito de Dios es reconciliar por medio de Jesucristo a toda la creación (Ef. 1:9-10; 2 Cor. 5:19; Col. 1:20). La Caída afectó la relación entre el ser humano y Dios, pero también las relaciones consigo mismo, con sus prójimos y la Creación, por lo tanto, cuando hablamos de misión integral necesitamos referirnos a la reconstrucción de toda la vida humana y a la restauración de todas las relaciones afectadas por el pecado (Rom. 8:22-24). Bíblicamente, el mismo diseño creador de Dios nos enseña que el ser humano es una unidad inseparable de cuerpo, alma y espíritu, que necesita ser atendida.

Esta manera de ver las cosas implica que para cumplir la misión de Dios no podemos obviar la cruda realidad en la que viven las personas porque el propósito de Dios también es transformar esa situación.

Como iglesia tenemos que darnos cuenta que a través de ministerios de compasión y misericordia hacia el prójimo también podemos mostrar el amor redentor de Dios y dar testimonio de Jesucristo. La esperanza y la salvación aunque tienen una dimensión personal no desconocen la dimensión comunitaria. La demanda de la Palabra es contundente y nos enseña que el amor a Dios es inseparable del amor al prójimo (Mat. 22:39-40; 1 Juan 3: 16-18).

En ese sentido nuestra tarea como iglesia del Señor, la comunidad de Rey, es encarnar un modelo alternativo frente a una sociedad sufriente y una generación desesperanzada. Como expresión visible y agente del Reino, necesitamos comprometernos a participar responsablemente en el proyecto redentor de Dios y mostrar que en Jesucristo encontramos la verdadera esperanza de transformación integral para América Latina.